

el acta misma de la cesión; temía que sin esta cláusula el Parlamento se negase á la ratificación. Rechazado de nuevo, Cavour se esforzó á fin de obtener que el enviado francés solicitase instrucciones suplementarias; después de todo, esto sería un plazo que quizá permitiría salvar algo de lo que con tanto pesar se abandonaba. La entrevista se prolongó durante dos conferencias, pero en tono cortés y sin ninguna de las acritudes de lenguaje que refrieron varias publicaciones extranjeras. Fiel á las instrucciones del emperador, Benedetti fué inflexible. Sólo entonces el gran luchador cedió. Firmóse el tratado el día 24, Cavour firmó el primero, con una emoción que no pudo dominar. Pero pronto recobró toda su serenidad. Aquella cesión era en el fondo como una especie de pago que dispensaba de la gratitud y autorizaría quizá nuevas empresas. Al retirarse, el ministro sardo se acercó al encargado de negocios de Francia, Sr. de Talleyrand, y á media voz le dijo estas palabras: «Señor barón, desde hoy somos cómplices.»

El escrutinio que había de ratificar el cambio de amo se abrió el 15 de abril en Niza y el 22 en Saboya. El condado de Niza dió por resultado 25.000 sufragios afirmativos, 160 sufragios negativos y 5.000 abstenciones. La Saboya sancionó la cesión por 130.000 votos afirmativos contra 235 negativos, siendo las abstenciones poco numerosas. En esta vieja provincia, cuna de la casa real, un acuerdo tan unánime hubiera podido considerarse como una rara y sorprendente indiferencia, ó como una disminución del fervor dinástico. Sin embargo, no era nada de eso. La Saboya no abandonaba sin pesar á sus príncipes. El rey era allí popular; no el rey constitucional é innovador que no conocían; no el rey en disidencia con Roma, descarriado, según decían, por Cavour; no el rey italiano y ambicioso que parecía desviado de su senda, sino el rey en absoluto, el rey hecho á imagen de su pueblo, el rey caballeresco y militar, pobre, rudo y robusto, devoto y algo dado al pillaje, en una palabra, el que, desde Humberto el de las blancas manos, llevaba valerosamente por montes y por valles el escudo de la cruz blanca. La lealtad era patrimonio de aquella tierra fiel. La separación fué debida á razones bastante poderosas para vencer todas las disidencias. Desde luego el rey, en virtud del tratado, había hecho virtualmente el sacrificio y difícilmente podía volver á tomar á los que ya no eran súbditos suyos. En segundo lugar, el clero, muy poderoso en aquel país é irritado contra la política de Cavour, se inclinaba hacia Francia. Una consideración dominaba á todas las de-

más. Durante siglos, los reyes sardos habían reinado como á caballo sobre ambas vertientes de los Alpes. En lo sucesivo iban á encontrarse apartados de su país de origen por los cuidados dominantes de su gran reino italiano. En el Parlamento, en los consejos del rey, los saboyanos no podrían ya hablar su lengua, se sentirían perdidos, absorbidos y como conquistados. En aquella necesidad de un cambio, los saboyanos del Norte, ribeños del lago Lemán, se hubieran agregado gustosos á Suiza, esperando bajo este régimen impuestos menos gravosos, una libertad más amplia, cargas militares menos pesadas, y sintiéndose atraídos por Ginebra, verdadero centro comercial de aquellas comarcas. Siendo imposible esta combinación, la aspiración general de las poblaciones se había inclinado hacia Francia, no con extremado entusiasmo, pero sí con una sinceridad perfecta. Esta aspiración era la que acababa de manifestarse en el escrutinio del 22 de abril. Sólo algunas familias de antigua alcurnia siguieron allende los Alpes la suerte de sus antiguos señores, pero no sin pesar y sin que los esplendores de Florencia y más tarde los de Roma pudiesen hacer olvidar las montañas en que sus antepasados habían vivido. Así se realizó la anexión. Sólo faltaba someter el acta de cesión á la ratificación del Parlamento. El tratado fué ratificado el 29 de mayo por la Cámara y el 10 de junio por el Senado.

El doble voto que había agregado la Emilia y la Toscana al Piamonte, y Saboya y Niza á Francia, ¿marcaría el final de las complicaciones? Esta esperanza se desvaneció muy pronto. Aún se hablaba de las anexiones y ya Garibaldi partía para Sicilia. Estaba escrito que Napoleón no podría retirar la mano que había puesto en los asuntos de Italia. La historia de Francia y la historia de Italia se confunden de tal modo que ya no es posible separarlas. Sin embargo, aquel año memorable de 1860 no fué solamente el año en que se completó la obra de Cavour. En el interior de Francia fué marcado por una gran evolución económica y fué señalado en el exterior por dos lejanas expediciones. *Tratado de comercio con Inglaterra, expedición de China, expedición de Siria*, tales son los diversos asuntos entre los cuales se dividirá la actividad del emperador. Hay que exponer esa transformación industrial. Hay que referir esas empresas realizadas allende los mares. Luego narraremos la extraordinaria aventura que puso toda la Italia del Sur en manos de Víctor Manuel, precisando sobre todo el papel que, en aquellas circunstancias cada vez más graves, desempeñó el gobierno francés.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

EL TRATADO DE COMERCIO

- SUMARIO: I.—Proteccionistas y librecambistas: legislación anterior.—De cómo desde los comienzos del segundo Imperio tiende á acreditarse la doctrina de la libertad comercial: proyecto de reforma de 1856 y por qué se aplazó.—El Sr. Miguel Chevalier y el Sr. Cobden; el Sr. Cobden y el emperador: de qué modo las conferencias se convierten en negociación: el público; su ignorancia; primeros indicios.—Carta imperial de 5 de enero.
- II.—Emoción en los principales centros manufactureros, y forma ruidosa en que esta emoción se manifestó.—El tratado de 23 de enero con Inglaterra y cómo llegó á conocimiento del público: análisis y principales disposiciones de ese tratado.
- III.—El Cuerpo legislativo: proyecto de ley sobre primeras materias; de qué manera los diputados, con ocasión de este proyecto, abordan la discusión del tratado de comercio.—El Sr. Pouyer-Quertier: su informe.—Discusión pública: diversas objeciones contra el tratado y esperanza de que el gobierno, al fijar los derechos específicos, no abandonará la protección de la industria nacional.—El Sr. Baroche: su discurso: terminación de los debates.
- IV.—Convenios complementarios de 12 de octubre y 16 de noviembre de 1860.—Quejas de la industria.—En qué momento podrán ser apreciadas las consecuencias de la reforma comercial.

I

Uno de los hombres que con mayor atención seguían la política napoleónica, el Sr. Carlos Greville, escribía en su *Journal* en 22 de enero de 1860: «Para hacer frente á la vez al partido clerical y al partido proteccionista, es preciso que el emperador tenga extraordinaria confianza en su prestigio personal; será muy interesante ver si los hechos justificarán esta osadía (1).» Estas líneas, en las que la sorpresa aparecía suavizada por una discreta ironía, aluden á un acto digno de ser notado bajo dos conceptos, por lo que era en sí mismo y por la manera brusca como se realizó. Mientras la atención general hallábase absorbida por los asuntos de Italia, circuló el rumor de que nuestro antiguo régimen de protección industrial iba á ser objeto de un profundo atentado á ejemplo del que había sufrido nuestro derecho público: en efecto, á esta época se remonta el *Tratado de comercio con Inglaterra*, así como la gran evolución económica que en ese tratado tuvo su consagración.

En nuestro país el sistema protector, tan antiguo como el comercio mismo, había sido reglamentado por Colbert. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, habían comenzado á insinuarse, bajo la influencia de los economistas, las ideas de librecambio; pero estalló la Revolución, y toda la política comercial habíase resumido en un solo pensamiento, destruir la industria inglesa, habiendo salido de esta inspiración varios decretos y en particular la famosa ley del 10 de brumario del año V que prohibía la importación de toda mercancía británica. Con Napoleón, todavía se había ampliado el programa y Francia ambicionó cerrar á Inglaterra no sólo los puertos franceses, sino también los mercados del mundo entero. El restablecimiento de la paz puso término á ese estado extraordinario, mas como la Restau-

(1) *The Greville Memoirs*, tomo VIII, pág. 289.

ración se encontraba con un país doblemente cansado, por las sacudidas de la época revolucionaria y por las guerras del Imperio, el temor, quizá bastante justificado, de la competencia extranjera fué causa de que se mantuvieran prohibiciones muy rigurosas y que se establecieran tarifas muy elevadas para los artículos no prohibidos. Durante la monarquía de Julio subsistió el mismo sistema y todos los esfuerzos para implantar una legislación menos restrictiva fracasaron ante la oposición de las Cámaras ó ante las reclamaciones de los manufactureros, quienes juzgando ya estímulo bastante para nuestra industria la competencia interior, se dedicaron parte por prudencia y parte por egoísmo ó rutina á rechazar las reformas ó por lo menos á aplazarlas.

Desde los comienzos del Imperio, la doctrina del librecambio, que hasta entonces no pasara del estado de brillante teoría, ganó visiblemente terreno: la construcción de los ferrocarriles, la multiplicación de las carreteras, el desarrollo de la navegación marítima, todo invitaba á la extensión del comercio internacional; además el emperador era amante del progreso y sobre todo se preciaba de serlo, y cuando los economistas de la nueva escuela le hacían ver las ventajas que de una legislación aduanera más amplia reportarían los consumidores, tenían la seguridad de que habían de conquistarse su atención. De todas las libertades, la libertad comercial era casi la única que podía predicarse sin peligro; por esto fué predicada y lo fué con ardor, pues así los periodistas como el público iban á caza de discusiones no prohibidas. Los nuevos principios no tardaron en penetrar en los hechos, primero tímidamente y como por infiltración. En 1852 entabláronse con Inglaterra ciertas negociaciones para llegar por medio de un tratado á una reducción parcial de los derechos de entrada; al año siguiente, la insuficiencia de la cosecha de cereales determinó un notable encarecimiento en todos los comestibles, y en medio de estas circunstancias críticas, que

amenazaban convertirse en graves, los librecambistas hallaron terreno abonado para proponer su remedio, es decir, la rebaja de las tarifas sobre los artículos de consumo, y consiguieron que se consintiera la entrada, sin pago de derechos, de cereales, ganado, carnes frescas ó saladas y bebidas espirituosas. Estas primeras concesiones trajeron consigo otras tolerancias, y desde 1853 á 1855, varios decretos homologados por la Cámara rebajaron los derechos sobre las hullas, los metales fundidos, el hierro, el acero y las máquinas. A todo esto, inauguróse la Exposición que, al poner de manifiesto los grandes progresos de nuestra industria, proporcionó un nuevo argumento á los adversarios del régimen prohibitivo.

Estos ensayos, un tanto tímidos, no eran en la mente del emperador sino el prelude de una reforma más extensa. Cuando el congreso de París, Napoleón habló extensamente con lord Clarendon del estado económico de Francia y le dijo, entre otras cosas: «Sé que sois un librecambista entusiasta; pues bien, tengo el gusto de anunciaros que mi consejo de Estado termina la elaboración de un proyecto que responderá á vuestras tendencias (1)». Y, en efecto, en 9 de junio de 1856 fué presentada al Cuerpo legislativo una proposición de ley que suprimía todas las prohibiciones. Pero al aventurar esa medida más decisiva, el soberano había contado demasiado con la docilidad de la Cámara. Los diputados habían consentido, no sin cierta repugnancia, en las anteriores reducciones de tarifas (2); muy poco exigentes en materia de libertades políticas, propensos á dejar al emperador, con una confianza demasiado ciega, la dirección de los Negocios extranjeros, mostrábase en materias económicas ó financieras muy celosos de sus prerrogativas, miraban como sospechosos los atrevimientos, ó, como decían en voz baja, las utopías del emperador, y en las sesiones secretas de las secciones discutían las cifras, no sólo con solicitud concienzuda, sino hasta con cierta aspereza. Figuraban entre ellos algunos directores de fábricas, metalúrgicos unos, hiladores otros, cuya opinión era tenida por autoridad en todas las cuestiones comerciales ó aduaneras; pues bien, de todos estos representantes de la gran industria, no había uno que no se mostrase hostil á las innovaciones. Dudaban de que, dado el estado de nuestras máquinas y de nuestras vías de comunicación, pudiera nuestro país soportar la competencia de Inglaterra; temían que el período de transición subsiguiente al cambio de sistema fuese fecundo en dificultades, y doblemente elocuentes por cuanto defendían á la vez los intereses del Estado y los suyos propios, se complacían en repetir que el régimen que había creado ó consolidado su fortuna había aumentado en igual grado la prosperidad pública. Sucedió, pues, que el proyecto imperial fué muy mal acogido, juntándose á las críticas parlamentarias las lamentaciones de las grandes ciudades industriales como Ruán, Elbeuf, Lilla, Tourcoing y Roubaix: «Que el día siguiente al del bautismo del príncipe imperial no sea el primero de una era de calamidad,» decía con singular exageración de lenguaje la Cámara consultiva de Tourcoing. En París funcionaba un comité central

(1) *The Greville Memoirs*, tomo VIII, pág. 291.

(2) Véase especialmente *Moniteur* de 17 y 18 de abril de 1856.

que recogió todas las reclamaciones y notó con mucho cuidado todas las inexactitudes, todos los errores parciales del proyecto gubernamental. Ante esta oposición, el emperador cedió, ó por lo menos aparentó ceder: primeramente *El Monitor* anunció el aplazamiento del proyecto y el nombramiento de una comisión informadora; pero luego fué el proyecto retirado y el diario oficial anunció que no sería reproducido antes de 1861 (3). Muy pronto las complicaciones italianas hicieron, al parecer, que las cuestiones de reformas aduaneras quedaran relegadas á segundo término; y en el momento en que se rompían las hostilidades contra el Austria, el señor Rouher, en una carta dirigida al presidente de la Cámara de Comercio de Lilla, anunció el aplazamiento de toda información y de toda retirada de las prohibiciones. Inmediatamente aquella cámara de comercio, en un arranque de agradecimiento, redactó un mensaje al emperador que decía, entre otras cosas: «La industria tiene sus victorias, como tiene las suyas la guerra.»

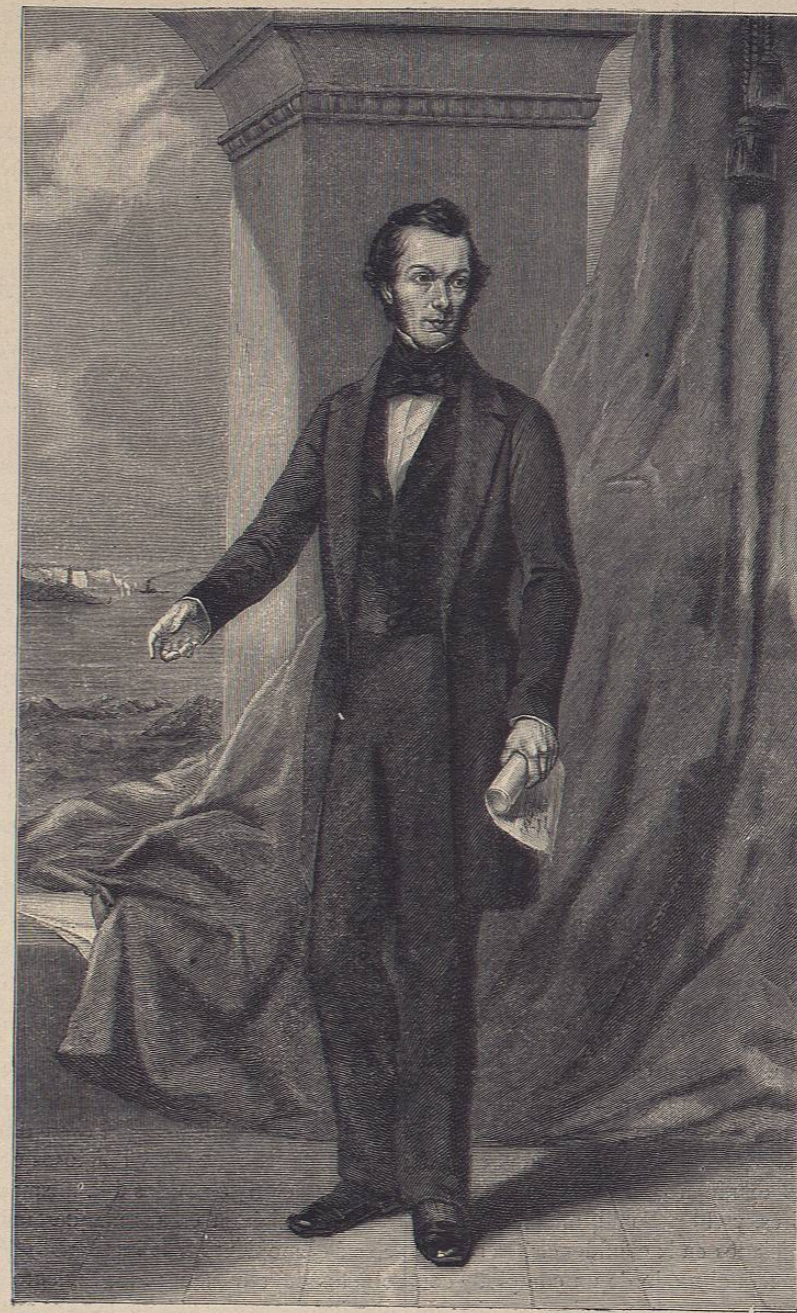
Con Napoleón III, sin embargo, ninguna victoria era segura y sobre todo definitiva, ya que nunca abandonaba sus proyectos, sino que los reservaba silenciosamente y á menudo volvía á sacarlos á la luz cuando ya nadie pensaba en ellos. Condenados en apariencia á un nuevo período de prueba, los librecambistas iban á obtener el triunfo.

Tenían entonces por principal representante en Francia á un publicista muy renombrado, Miguel Chevalier, que seducido en su juventud por las doctrinas de Saint-Simón y después de la dispersión de esa famosa secta, había abandonado Francia y residido largo tiempo en América y había sido uno de los primeros en contribuir á dar á conocer á Europa la república de los Estados Unidos. De regreso en su patria, había sido nombrado en 1840 profesor de economía política en el Colegio de Francia, y muy pronto llegó á ser el apóstol de la libertad comercial. A imitación de muchos sabios y economistas, más sensibles á la idea de progreso que celosos de las formas constitucionales, habíase adherido al Imperio que á sus ojos representaba el *despotismo ilustrado*, es decir, el régimen más propicio á las reformas prontas y radicales. Presidente del Consejo general del Hérault, ese departamento vitícola por excelencia y por excelencia también librecambista, pronunciaba allí periódicamente arengas muy notables que venían á ser los manifiestos de su partido; tenía, además de esta, otra tribuna, el *Journal des Débats*, del que era uno de los colaboradores más asiduos. Miguel Chevalier, que á fines del verano de 1859 había ido á Londres para tomar parte en un congreso científico, encontró reunidos en aquella capital á todos los economistas de la escuela de Manchester, gentes que consideraban la libertad comercial, no como una opinión, sino como un dogma. El más eminente de todos ellos era el famoso Ricardo Cobden, de cuyas entrevistas con Chevalier nació la idea de intentar un gran esfuerzo cerca del emperador para el triunfo de las doctrinas librecambistas. Cobden se dejó conquistar y poco tiempo después fué á París, con aprobación de su gobierno, pero sin ninguna misión oficial, antes al contrario, era preciso que el objeto real de su viaje permaneciese secreto, pues tiempo ha-

(3) Véase *Moniteur* de 28 de julio y 17 de octubre de 1856.

bría de conferir al negociador poderes regulares si las primeras indicaciones eran acogidas favorablemente. Napoleón III se complacía en recibir con cortesía extremada á los extranjeros ilustres ó simplemente notables; además, el economista inglés no era para él un des-

hacia su fibra más sensible. El emperador gustaba de las ideas generales, de los programas grandiosos, y ¿quién mejor que Cobden hubiera podido abrir ante sus ojos deslumbrados vastos horizontes para el porvenir? ¿Quién mejor que él hubiera podido mostrarle las fecundas con-



Cobden

conocido, ya que cuando el príncipe llegó á Inglaterra en 1846, después de su evasión de Ham, pudo ver los últimos esfuerzos y asistir al triunfo de la *anticorn-law league*. Cobden vió al soberano, conferenció con el señor Rouher, ministro de Comercio en aquella sazón, y luego emprendió lo que se ha llamado el *sitio del emperador* (1); y la verdad es que, sin conocer mucho á Napoleón, le comprendió, le adivinó, é influyendo ora sobre su inteligencia, ora sobre su corazón, supo llegar

secuencias del librecambio en pro de la unión de los pueblos y de la paz futura? El monarca, aunque muy teórico, preciábase también de práctico y cuando llegaba á tocar las cosas reales llevaba el cuidado de los detalles hasta la minuciosidad. Bajo este concepto era Cobden igualmente el hombre más á propósito para seducir y convencer: era un apóstol, pero apóstol que había pasado por la fábrica y que subyugaba tanto por su ciencia técnica cuanto por sus especulaciones; y era, además, astuto, sabía muy bien lo que traía entre manos, era fértil en combinaciones hábiles, y al predi-

(1) Julio Simón, *Notice sur M. Michel Chevalier*, págs. 77 y 78.

car el Evangelio librecambista, no se olvidaba de colocar este Evangelio en el punto preciso del interés británico. El emperador tenía otra preocupación que le honraba y que no le abandonaba nunca, la de mejorar la suerte de las clases pobres; ahora bien, la rebaja ó la supresión de las tarifas aduaneras, ¿no pondría al alcance de los más humildes los artículos de consumo reservados hasta entonces á las clases privilegiadas? Cobden, perspicaz y listo como el que más, tuvo buen cuidado en no omitir estas perspectivas, y con mucha oportunidad recordó á Napoleón la estatua erigida á Roberto Peel con esta inscripción en el pedestal: «Mejórala suerte de las clases laboriosas y dolientes con la rebaja del precio de los artículos de primera necesidad.» La evocación de este recuerdo conmovió el alma excelente del emperador y le hizo exclamar: «De todas las recompensas, esta es la que más envidiaría.»

Hubiera sido una imprudencia contar con el Cuerpo legislativo para una reforma de cierta amplitud; pero ya se recordará que el senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852 había conferido al emperador la facultad de firmar los tratados de comercio y de aceptar por su propia autoridad las modificaciones de tarifa que en ellos se insertaran. De suerte que, á falta de la vía legislativa, en la que podría encontrarse algún obstáculo, abriase la vía fácil y llana de la diplomacia; y siendo Inglaterra la primera potencia industrial, un tratado firmado con ella vendría á ser el tipo y el modelo de los convenios que más adelante se firmaran con otros Estados, con lo que, por medio de un acto bilateral solemne, quedaría inscrito en nuestro derecho público, sin intervención alguna por parte de las Cámaras, el principio del librecambio. Los ingleses, para apresurar la solución, invocaban una razón particular inspirada en su propio estado financiero, á saber, que extinguiéndose en 1860 ciertas anualidades de su deuda que ascendían á unos 53 millones, esta disminución de gastos les permitiría soportar más fácilmente la disminución de ingresos resultante de una rebaja de sus propias tarifas aduaneras. A fines de 1859, lo que hasta entonces habían sido simplemente conferencias se convirtieron en negociación: lord Cowley y lord Cobden representaron á Inglaterra, y los intereses de Francia fueron confiados al Sr. Rouher, ministro de Comercio, y al Sr. Baroche, que en aquel entonces desempeñaba interinamente la cartera de Negocios extranjeros. El Sr. de Persigny, embajador en Londres, y el Sr. Fould, ministro de Estado, habían sido iniciados en la confidencia. El asunto se llevó misteriosamente, al modo de un complot y con infinitas precauciones para despistar toda sospecha; de manera que las críticas no podrían formularse sino *á posteriori* y nada podrían contra un hecho consumado. Por lo demás, Napoleón obraba así muchas veces, ya por antiguo hábito de conspirador, ya por afán de proporcionar periódicamente sorpresas á sus pueblos.

Y tan bien guardado fué el secreto, que el público no se percató de nada, pues los asuntos de Italia absorbían toda su atención, hasta que á principios de enero el *Morning Post* reveló las negociaciones y anunció la próxima firma de un tratado de comercio entre París y Londres. Una información tan concreta no dejó de causar gran confusión en el mundo industrial. Tres días después el *Constitutionnel*, hasta entonces muy afecto

á las doctrinas proteccionistas, encomiaba los beneficios del librecambio, y esta evolución del diario oficioso fué considerada como signo cierto de una evolución análoga acordada en altas esferas. El 15 de enero la incertidumbre cesó: aquel día apareció en el *Monitor* una carta fechada el 5 del mismo mes y dirigida por el emperador al Sr. Fould, ministro de Estado, en la cual el soberano trazaba el programa del régimen económico que había de desarrollarse durante la segunda mitad del reinado.

Napoleón proclamaba ante todo la necesidad de multiplicar los medios de cambio; ensalzaba los beneficios de la competencia, sin la cual la industria permanecería estacionaria, y protestaba contra los reglamentos restrictivos, funestos á la agricultura tanto como al comercio: «No hay, añadía, más que un sistema general de buena economía política que, creando la riqueza nacional, pueda difundir el bienestar entre la clase obrera.» ¿Cuál sería esa «buena economía política?» Esto era lo que el emperador, abandonando las generalidades, trataba de resumir. En este orden de ideas condenaba sin reservas el *viejo sistema de las prohibiciones*, y á este sistema antiguo, propio para perpetuar la rutina y aislar unos de otros á los pueblos, proponíase substituirlo con derechos de entrada módicos sobre las procedencias extranjeras, cuyas tarifas se fijarían amistosamente por medio de los tratados de comercio. Mas como en lo sucesivo nuestras fábricas y nuestras manufacturas se encontrarían menos protegidas contra la competencia extranjera, convendría, como compensación, favorecer su progreso y activar su producción; de aquí la oportunidad de suprimir, dentro de un corto plazo, los derechos sobre las lanas y los algodones, estas primeras materias de la fabricación textil; y de aquí también una serie de proyectos para mejorar las vías de comunicación, reducir los gastos de transporte, desarrollar las instituciones de crédito y, en una palabra, armar á la industria nacional para la lucha á que se veía invitada.

II

Con su folleto *El Papa y el Congreso*, publicado tres semanas antes, había roto el emperador con el partido católico; con su *carta de 5 de enero* rompía con el partido proteccionista: intereses religiosos é intereses políticos, todos estaban sometidos á la misma voluntad omnipotente, caprichosa en sus manifestaciones y atenta á escoger el momento más inesperado. Aun tratándose de objetos diferentes, el procedimiento gubernamental era el mismo: en él se veía siempre el mismo procedimiento teatral, el mismo afán de ocupar todo el escenario, el mismo artificio de maquinista tan hábil en envolverse entre tinieblas como en inundarse repentinamente de luz. Bajo esta forma extraordinaria, hasta los proyectos más defendibles, los más razonables (y el de la reforma aduanera pertenecía al número de éstos) tenían algo de perturbador. El emperador era hombre de golpes de Estado al mismo tiempo que hombre de golpes de efecto.

Los intereses, cuando se ven lesionados, no son menos susceptibles que las creencias; así es que en la mayoría de las ciudades manufactureras los temores fueron muy grandes y sobre todo se manifestaron en forma

muy ruidosa: hablóse de fábricas que se iban á cerrar y de salarios que inevitablemente sufrirían una gran rebaja, y se dijo que la industria francesa era sacrificada á la de Inglaterra. Gran número de industriales de Flandes, de Normandía, de Picardía y de Alsacia acudieron á París, y habiéndose reunido en número de cuatrocientos, solicitaron del emperador una audiencia, solicitud que les fué denegada, por lo que formularon una protesta en un manifiesto vehemente que publicó un diario de Ruán y que en seguida reprodujo toda la prensa. Los peticionarios expresaban en aquel documento el sentimiento doloroso que les había causado el no haber podido ver al soberano, y sin negar la prerrogativa del poder ejecutivo en materia de tratados de comercio, se admiraban de que, á pesar de todas las seguridades y de todas las pasadas promesas, se modificara nuestro régimen comercial sin que se hubiesen concretado en una información previa las aspiraciones de los interesados: «Vamos á ser condenados, decían, sin haber sido oídos.» Y, finalmente, insistían en la gravedad del acto por el cual el gobierno francés iba á ligarse con Inglaterra por un largo período: «¿Dónde estará el remedio, añadían, si nos encontramos encadenados por un tratado? No tendremos más que dos soluciones: ó sufrir las desastrosas consecuencias del mismo ó recurrir á la guerra para romperlo á cañonazos. Tal es la terrible alternativa en que se nos va á colocar.» Mientras los industriales, especialmente los del Norte y del Este, se expresaban de esta manera, el emperador recibía otros mensajes que respiraban el más profundo agradecimiento: los propietarios de viñedos se hacían la ilusión de encontrar nuevos y abundantes mercados en Inglaterra, gracias á la rebaja de las tarifas. En el entretanto, los apóstoles del librecambio se burlaban de las alarmas de los industriales, notaban con ironía sus exageraciones de lenguaje y recordaban las numerosas exposiciones locales, en las que los presidentes de las cámaras de comercio no habían dejado de encomiar sus obras maestras, diciendo de ellas que no tenían ninguna comparación. ¿Qué significaban estas congratulaciones si la sola amenaza de la competencia extranjera bastaba para descorazonar á los productores de todas esas cosas sin rival?

Las protestas y los elogios corrían el riesgo de extrañarse algo aventuradamente: se había leído el programa desarrollado en la carta imperial, y se sabía que un tratado con Inglaterra iba á asegurar la primera y principal realización de aquel programa; pero ¿cuál era el tratado? Aunque se conocieran todos sus puntos capitales, el texto exacto nadie lo había visto; y hasta el 10 de febrero no se conoció el contenido literal de aquel convenio, firmado en 23 de enero y que publicó íntegro un periódico de Londres y en extracto el *Monitor*. Sólo entonces supieron los librecambistas y los proteccionistas, de una manera indudable, lo que podían esperar ó lo que habían de temer.

Quisiera separar de ese famoso documento todos los detalles demasiado especiales ó técnicos y conservar únicamente las disposiciones de conjunto interesantes para la historia general. El tratado de 23 de enero de 1860 fijaba en diez años la duración del estado de relaciones comerciales entre Francia é Inglaterra, y suprimía las antiguas prohibiciones, innovación, la más

importante de todas, que por sí sola consagraba un cambio considerable en nuestro régimen económico. El sistema adoptado, así para los artículos antes prohibidos como para los otros, era el de tarifas moderadas; los derechos, fijándonos sólo en las tres grandes industrias, textil, metalúrgica y minera, estaban fijados del siguiente modo: los hilos y tejidos extranjeros entrarían en Francia mediante un derecho *ad valorem* que no podía exceder del 30 por 100 para los primeros cinco años y de 25 por 100 para los cinco años últimos; el mismo trato se aplicaría á los hierros, metales fundidos, aceros, máquinas ó herramientas; respecto de los tejidos y de los metales, una comisión internacional que se reuniría luego, cuidaría de convertir los derechos *ad valorem* en derechos específicos (1); y en cuanto á las hullas, el derecho, que era de 3'60 francos la tonelada, incluidas las décimas, quedaría reducido á la mitad, suprimiéndose además en breve plazo el antiguo sistema de las zonas. Estas tarifas habían de comenzar á regir en distintas fechas, siendo la más distante la de 1.º de octubre de 1861. Tales eran, en resumen, las concesiones hechas por Francia, que podían sintetizarse en la siguiente afirmación: por vez primera nuestro mercado se abría ampliamente á los productos británicos. En cambio los ingleses nos aseguraban ventajas que se relacionaban sobre todo con cuatro ramas de nuestra industria ó de nuestra producción nacional, á saber: los artículos de fantasía ó de modas, las sederías, los vinos y las bebidas espirituosas: los artículos de fantasía y las sederías podrían entrar con franquicia en el territorio británico; respecto de los vinos, la antigua tarifa de entrada, que era de cinco chelines por galón (2), se rebajaría desde luego á 3 y sería objeto, á partir de 1.º de abril de 1861, de una rebaja más considerable todavía; en cuanto á la introducción de los aguardientes, quedaría sujeta á una percepción de 8 chelines 5 peniques por galón, derecho muy inferior también al que hasta entonces se había percibido. Tal era en sus líneas principales el tratado de 23 de enero, el cual para Francia tenía el carácter de definitivo, y para Inglaterra sólo necesitaba la ratificación del Parlamento.

III

El emperador, prevaliéndose del senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852, habíase hecho la ilusión de que se substraía á la acción del Cuerpo legislativo; pero si realmente pudo evitar su veto, no consiguió librarse de sus censuras. Véase por qué camino indirecto trajo la Cámara á su orden del día el debate que el soberano trataba de impedir.

Se recordará que Napoleón, en su *carta de 5 de enero*, había inscrito en su programa la supresión de los derechos de entrada sobre las lanas y los algodones, por considerar equitativo que la industria textil, en el momento en que iba á encontrarse expuesta á la competencia exterior, se viese libre de toda traba para la ad-

(1) Para los hierros llamados de grandes muestras y para los rieles, la cifra de percepción hallábase determinada en el documento mismo del tratado: el derecho de 12 francos los 100 kilogramos quedaba reducido á 7 para los cinco primeros años y á 6 para los cinco últimos (art. 17 del tratado).

(2) El galón inglés equivale á 4'54 litros.